

RECUERDOS DEL VIEJO REMERO

MIGUEL GONZÁLEZ PLAZA, 'MANDOS'

I

Llegó ayer por la tarde, de repente, y no parece que me quiera abandonar. Es una sensación extraña, como un escalofrío continuo de temor de aquéllos que nos atenazan aunque desconozcamos su origen o su intención. Desde entonces me siento muy triste. No sé de qué se trata, aunque puedo imaginarlo. Por eso vengo de nuevo hasta este túmulo olvidado, uno de tantos, a la orilla del Anduin. Y recuerdo.

Mientras los ojos se mantienen fijos en el agua la mente vaga por los oscuros callejones de la vida. Se me ocurre un pensamiento absurdo, fruto de la melancolía: el Río Grande es como mi vida. Nació en un lugar que a estas alturas no puede recordar y en soledad acomete su viaje. Crece y aprende por el camino, se vuelve fuerte y, de repente, comienza a fluir cada vez más rápido. Se aleja de su origen y corre, corre, aunque no lo pretenda, acercándose a su fin allá lejos, al sur. Me pregunto si también él temerá la muerte. ¿Creerá el río que existe un mar?

Estos últimos días sueño cada noche con el mar. Vine al mundo, estoy seguro, cerca del mar. No puedo olvidar el sonido de las olas rompiendo contra la costa y los lejanos chillidos de las gaviotas. Podría estar horas y horas escuchando su arrullo.

Quiénes fueron mis padres, nunca lo llegué a saber. Puede ser que me abandonaran, o que les abandonara yo a ellos. Quizás murieron cuando era niño. No lo sé. El caso es que no conocí a mis progenitores y que los siguientes recuerdos me llevan a los arrabales de Umbar, la gran ciudad portuaria. Mi profesora fue la calle, una maestra furiosa y violenta, inmisericorde con los débiles, sorda a todo ruego. Allí sobrevivía de manera mísera, aunque despreocupada, como ladronzuelo. Durante el día rondaba las calles en busca de sustento, evitando que me atrapara algún guardia aburrido o algún mercader enojado. Durante la tarde me dirigía al norte, hasta el puerto y las playas de Umbar. Sentado allí imaginaba qué podía haber más allá, donde acababa el horizonte. Podía quedarme así horas, sin sentir hambre o frío, contemplando las olas coronadas de espuma chocando con fuerza contra la piedra o deslizándose mansamente sobre la arena. Por la noche me cobijaba con otros tres o cuatro rateros y vagabundos de los que no soy capaz de recordar el nombre, entre unos parapetos de madera que alguien abandonó hacía tiempo y a los que llamábamos casa. Olvidé decir el nombre del lugar: Yôzâin, el barrio de los dones. Como es lógico ya nadie lo llamaba de este modo sino que se referían a él como el Mîkzain, el barrio de los pillos.

La memoria es caprichosa y de aquella época me trae pocos recuerdos. Uno de los más vívidos es el del comerciante cojo.

Cerca de nuestro barrio debió existir un importante mercado del que sólo quedaba en mis tiempos un pequeño grupo de tristes testigos: cuatro puestos destartalados y un cartel herrumbroso que nadie podía leer. "Gran Calle del Mercado" o algo por el estilo, supongo. En uno de aquellos puestos mantenía su comercio un hombre mayor, cojo de la pierna izquierda, casi tan pobre como nosotros aunque le costara reconocerlo. En el Mîkzain la mayoría éramos muy jóvenes y, si bien la supervivencia nos obligaba a afrontar como adultos muchas cuestiones, lo cierto es que todavía nos portábamos como niños en otras tantas. A aquel hombre le teníamos declarada una guerra sin cuartel. Se contaban leyendas que hoy ya no creo, como que en una ocasión capturó a un ladronzuelo con un puñado de verduras hurtadas en su tenducha y se las hizo tragar allí mismo hasta que le ahogó en mitad de la calle, o que tenía un sótano secreto en la tienda en donde encerraba hasta la muerte a aquellos que cazaba intentando robarle, y así las había incontables.

Lo cierto es que "el Cojo" tenía que enfrentarse todos los días a su mísera condición de mercader arruinado y a los continuos ataques y bromas de los pillos, yo entre ellos. Con todo, se defendía muy bien. Salía enarbolando su largo bastón y gritando improperios en todos los idiomas conocidos, y sólo verle nos espantaba después de oír tantas anécdotas terribles, pero su tara le impedía capturarnos a poco que corriéramos. Un día, cerca de su tienda, vi alejarse a dos chicos entre risas sofocadas. Me acerqué al puesto del Cojo con mucha cautela y le observé. Estaba arrodillado en el suelo, junto a un pequeño bulto. Nadie más había por allí. De repente oí un lamento terrible, que sólo podía salir del fondo de un alma rota. El cojo lloraba porque le habían matado a su gato, quizás la única compañía que tenía en aquel sórdido barrio. Miraba a su alrededor entre las lágrimas, tal vez buscando al culpable, volvía a mirar al gato y gritaba de rabia y dolor. Nunca más volví a hacer una broma a aquel hombre y todavía el recuerdo de aquella escena me quema por dentro.

De aquel pasado poco más me queda hasta el día en que llegaron dos nuevas aprendices de perdedoras al Mîkzain. Una de ellas era Farathil, una bellísima joven algo mayor que yo. A los que la escucharan, y no eran pocos, les contaba que descendía de una noble familia caída en desgracia y que su nombre era en realidad Pharaznithil, la mujer dorada. Era tan hábil con las palabras como con sus manos, una experta en el arte del robo, y pronto ganó fama y seguidores en el barrio. A su alrededor se fue formando una banda de desesperados sin rumbo, una corte de la pobreza en pleno corazón del Mîkzain.

Con Farathil vino Nûlu, una chica de piel oscura y rasgos duros por la que me sentí terriblemente fascinado tras un primer cruce de miradas. No era muy atractiva físicamente pero sus profundos ojos negros me llamaron y capturaron. Yo que siempre había sido solitario, me descubrí anhelando estar junto a Nûlu, la silenciosa Nûlu, la misteriosa Nûlu de ojos hechiceros. Es posible que el largo tiempo pasado me haya hecho olvidar cómo era realmente y que tan solo un recuerdo borroso y amargo se haya aposentado en mi mente, engañándome con una imagen falsa y realzada de la que fue mi único amor. Tal vez no sean sus ojos los que recuerdo. Tal vez sean otros. ¿Qué fue de ti, Nûlu?

En el barrio de los pillos todo sucedía deprisa. Vivíamos deprisa, al borde del precipicio, sin pensar en nada tan lejano como el día siguiente. Y amar, o como quiera que se llame el cariño y el deseo de un joven por otro apenas conocido, igualmente deprisa. No habían

transcurrido cuatro días desde su llegada cuando, de noche, me acerqué a la casa abandonada en donde se cobijaba Nûlu, con Farathil y algunos otros, y tras un simple gesto se levantó y me acompañó. La llevé a un lugar abandonado y nos acariciamos en silencio durante horas, mientras oíamos la cadencia infinita del rumor de las olas contra la playa. Al amanecer me miró silenciosa, sonrió, se levantó lentamente y regresó con Farathil y los otros. Pero desde entonces, cada noche, repetíamos nuestra salida nocturna. A veces tarareaba bajo una triste canción que yo no conocía, mientras pasaba sus manos por mi pelo. En otras ocasiones la llevaba a mis lugares predilectos, promontorios desde los que se contemplaba el puerto y sus barcos, o rocas contra las que rugía el viento y las olas. En alguna ocasión reíamos extenuados pero felices, tiritando poco después de frío, tras haber hecho el amor en una playa desierta y oscura.

Echo de menos aquellos tiempos en que el hambre se olvidaba cuando cogía de la mano a Nûlu y nos adentrábamos en la noche.

Cada día la fortuna y la desgracia cambian de camino, sobre todo esta última que hacía su hogar en lugares como el Mîkzain. Y a todos los pillos nos tocó enfrentarnos directamente con ella. Farathil se había vuelto temeraria y había terminado por creerse sus propios cuentos y los de los aduladores y amantes que tenía alrededor. Un objetivo demasiado ambicioso y el exceso de confianza convirtieron en completo desastre el robo a un noble, que no tardó en dar con el paradero de los frustrados ladrones. Debía de tratarse de alguien en verdad poderoso pues convenció al gobernador del puerto de que era necesario limpiar el Mîkzain. En pocos días y de súbito aparecieron cientos de guardias armados y tomaron a numerosos pillos, entre ellos a mí. También cogieron a Nûlu y a Farathil, pero dejé de verlas pronto pues a los hombres nos separaron y nos llevaron por distinto camino que a ellas. Cuando se percataron de que no podrían llevarse a todos simplemente abatieron en la misma calle al resto de los que localizaron.

Jamás volví a ver los negros ojos de Nûlu y hoy me persigue su mirada de temor mientras se la llevaban encadenada.

II

Desperté en un lugar desconocido, completamente a oscuras salvo por unas pequeñas rendijas de luz en el techo. Un olor nauseabundo a muerte, sudor y mar llenaba el ambiente hasta el punto de hacerme revolver el estómago en varias ocasiones. No tardó en regresar a mi mente la mirada de Nûlu y lo que había sucedido a continuación: me había intentado zafar de mis captores y me debatí de manera convulsa, como un loco, mientras recibía golpes de los soldados que intentaban reducirme. Uno de ellos acertó a dejarme inconsciente. Y luego desperté en aquel lugar.

Tanteando a mi alrededor para buscar algún punto de apoyo hice el gesto de levantarme pero me fue imposible. Una argolla alrededor de mi cuello se encontraba sujeta al suelo por medio de una gruesa y corta cadena, impidiendo que me incorporara e incluso que

me sentara. Explicar cómo pasé aquellos días, prisionero y desconcertado, ignorante de todo, especialmente de lo que me depararía el futuro, incómodamente tumbado, maldurmiendo a ratos, escuchando gemidos cercanos... No, es imposible describir una sensación así.

Había más prisioneros, y no todos eran del Míkzain. Algunos procedían de pueblos alejados de Umbar, o eran extranjeros de tierras tan lejanas que no podía entender su lengua. Tenía uno cerca, del mismo Umbar, por el que pude enterarme de bastantes cosas. No llegué a verle a la luz pero recuerdo su voz. Era fuerte y ronca, aunque terminaba las frases con un sonido extraño, angustioso, de aspiración fuerte como si le faltara el aire. Me contó que había sido un comerciante dedicado al contrabando y, cuando se volvió algo mayor y torpe para burlar aduanas y esconder mercancías, optó por la reventa de objetos robados por otros. Él los adquiría a bajo precio y luego los colocaba entre compradores poco escrupulosos. Alguien debió denunciarle y fue juzgado por el consejo del barrio, "una asamblea de zoquetes dirigida por el noble ambicioso de turno". Fue considerado culpable y condenado a galeras. "¿Por cuánto tiempo?", le pregunté. "Eso no me lo dijeron". Luego le trajeron aquí, al barco-prisión (porque se trataba de un barco) suponía que a la espera de que se llenara lo suficiente como para nutrir completamente de remeros alguna nueva galera. Llevaba allí lo que él calculó era una semana. Cuando descubrió mi historia me dijo:

—Supongo que a ti y a los de tu barrio os consideraron directamente culpables y no se molestaron en hacer una farsa de juicio. Pero puedes estar seguro de que tu condena es a galeras. Antes el menor delito se castigaba con una amputación o latigazos, y los mayores te puedes imaginar. Ahora da igual lo que hagas. Los culpables son conducidos invariablemente a galeras. La flota de los Señores de Umbar necesita cada vez más remeros y nadie quiere ejercer esa profesión desde los tiempos de Númenor. —La silueta de sus manos hizo algún tipo de gesto que no identifiqué al pronunciar esta palabra. Respiró profundamente, con fuerza, y continuó:

— A los condenados en Umbar nos meten en esta cárcel flotante, y supongo que debemos considerarnos privilegiados por ello, pues a los pobres infelices que son sentenciados a galeras en el resto del territorio se les trae a pie y encadenados desde dondequiera que hayan sido capturados. Me han contado que los guardias que les escoltan se aprovechan de ellos ofreciéndoles todo tipo de tratos a cambio del dinero que puedan portar. Luego, invariablemente, no cumplen esos tratos. Peor aún es la suerte de los demasiado pobres para tener algunas monedas de valor en su bolsa pues reciben raciones extra de latigazos durante todo el viaje. El tipo que está encadenado a mi lado me aseguró que de su grupo, todos ellos hombres del este, fuertes y habituados a las inclemencias del desierto, sólo han resistido hasta Umbar la mitad, y varios de los que han llegado se encuentran gravemente enfermos o heridos.

Finalizó sus palabras aspirando con mucha fuerza. Parecía sin aliento. Cuando pasó un tiempo me atreví a preguntarle.

— ¿Qué hacen con las mujeres?

— Las mujeres no sirven para remar. Entre los hombres son pocos los que sobreviven a las galeras pero entre las mujeres ninguna. Ya lo probaron, no creas. Con el tiempo

descubrieron que era más ventajoso venderlas como esclavas y sirvientes a los habitantes adinerados de Umbar, o como mujeres a algunas tribus del interior del desierto o a los orientales.

A veces entraban varios carceleros y dejaban junto a nosotros cuencos medio llenos de una sopa irreconocible y algunos pedazos de bizcocho seco y duro. Me pareció que en esas ocasiones llegaban nuevos prisioneros a los que encadenaban en donde había un hueco y una argolla. También removían a algunos de los presos anteriores y al rato solían llevarse uno o dos bultos que arrastraban por el suelo. Imaginé de qué se trataba y me embargó un miedo como no lo había tenido hasta entonces. Temí no salir nunca más de allí si no era de aquella forma. Aquel sentimiento aumentó pronto. Mi compañero dejó de responder a mis preguntas y contarme sus aventuras. Su respiración se hizo cada vez más sonora y ahora la intercalaba con fuertes toses. Cuando llegó la siguiente comida, debía ser el tercer día de encierro para mí, se llevaron al contrabandista.

Habían pasado otros tres días, creo recordar, cuando vinieron a sacarnos de aquel lugar. Al salir del barco-prisión la luz nos obligó a cerrar los ojos. Cuando al fin pude abrirlos preferí no haberlo hecho. Éramos la más triste y sucia imagen de la pobreza, el hambre y la enfermedad que imaginarse pueda. Al pensar en el aspecto que yo mismo debía tener, y el futuro que debería afrontar, para siempre esclavo atado a un pequeño trozo de barco, no pude evitar llorar.

Llegamos a una gran construcción en el mismo puerto donde nos obligaron a desnudarnos y lavarnos, y donde un tipo no muy hábil y deseoso de acabar cuanto antes el trabajo procedió a rapar barbas, bigotes y casi todo el cabello. Después se nos entregó un hatillo de ropas ocres muy holgadas, dos pantalones y dos túnicas cortas parecidas a sobrevestas, y quemaron los inmundos andrajos en que se habían convertido nuestras anteriores vestimentas tras los días de encierro que habíamos padecido. Estas operaciones se repetirían luego en el futuro cada cierto tiempo, normalmente con cada nueva partida de nuestra galera. De allí nos encaminaron directamente a un navío de gran envergadura anclado en el puerto. En los laterales de la proa se había incrustado una leyenda en un material parecido al oro. Algunos prisioneros emitieron sonidos impresionados. Más tarde me enteraría del nombre de la galera y el motivo de la admiración de mis compañeros en desgracia: Khôruzâin, el Vagabundo, nave perteneciente a uno de los más importantes capitanes de la flota de Umbar. Khôruzâin. ¿Cómo olvidar tu nombre, el del lugar que se convirtió en mi hogar y prisión durante siete largos y duros años?

Tras el viaje a Umbar para algunos, y la estancia en el viciado ambiente del barco prisión, los primeros meses en la galera son la prueba definitiva. Eran muchos los que no superaban este duro examen que minaba con rapidez la fortaleza física y mental de los condenados. La fatiga, la enfermedad, el hambre y la sed, la intemperie, los latigazos, el dolor de cada músculo, de cada articulación, mientras empujas ya tembloroso el remo al grito de "¡REMAD!", acabaron con ellos. Pero aunque parezca increíble, la voluntad de vivir puede lograr que el cuerpo aguante y se sobreponga a las condiciones más adversas y yo, no sé cómo ni por qué, lo conseguí.

Tuve la fortuna de ser colocado, después de ser evaluado, en la mitad de uno de los bancos de asientos de babor. En aquel momento no lo sabía pero esta ubicación era la preferible en cualquier caso. Más tarde descubrí que hacia el casco situaban a los balkuânî (remeros en la lengua de Umbar) más débiles y enclenques, puesto que se trata del lugar del remo que exige menor fortaleza para su empuje, pero tenía como desventaja la incómoda postura que se debía adoptar, fuente de fuertes dolores de espalda y piernas. En la parte donde finaliza el remo, a cambio, se colocaba a los más fuertes y resistentes puesto que allí era más ardua la labor a desempeñar. En mi caso tenía a la derecha a un tremendo hombretón calvo nacido en Umbar llamado Arazîn, un charlatán animoso a quien su suerte no había cambiado el humor del todo. Y a la izquierda, taciturno, silencioso, exactamente el contrapunto del grandullón Arazîn, se sentaba agarrado al asa del remo Kabel. Los dos pertenecían, como me enteré con el tiempo, a la tripulación del Rompeolas. Habían sido hombres libres hasta hacía alrededor de año y medio. Su capitán, de quien nunca conocí el verdadero nombre pero al que todos llamaban Bâr, se encontraba ahora sentado dos filas más hacia proa. Cayó en desgracia tras una mala campaña contra un grupo de pueblos costeros del suroeste que se habían levantado contra el gobierno de Umbar. Su delito, haber sido demasiado considerado con los rebeldes al no haber arrasado las poblaciones de los vencidos (derrotados con inmensas bajas en el mar, se contentó con quemar los barcos supervivientes). Toda la tripulación del Rompeolas con él mismo a la cabeza había sido condenada a las galeras. El prestigio ante sus hombres no había menguado sin embargo, y le seguían ciegamente en cada una de sus instrucciones. Tampoco frente al resto de la marinería del Khôruzâin, conscientes de tener atado al remo a uno de los mejores y más expertos capitanes de Umbar. Tanto era así que los azruânî (marineros), al tanto del ascendiente de Bâr sobre el resto de balkuânî, le daban un trato algo mejor y el eventual capitán del barco llegaba a consultarle, por medio de intermediarios, eso sí, a la hora de afrontar algunas maniobras especialmente complejas que requirieran cooperación y sincronización entre los remeros.

Otro grupo importante dentro del barco lo formaban los gondorianos, la mayoría de los cuales se encontraban a estribor. Los había desde simples pescadores o agricultores de pueblos costeros, capturados en las razias que de cuando en cuando se organizaban desde Umbar, hasta guerreros y marineros hechos prisioneros en las constantes escaramuzas que tenían lugar con los navíos de Gondor. Con el paso del tiempo me apercibí de que habían elegido silenciosamente un líder, al estilo del propio Bâr, un hombre de pelo castaño y mirada adusta al que le cruzaba una fina cicatriz la nariz y el pómulo izquierdo. No consigo acordarme de su nombre. Forgon o algo por el estilo, tal vez.

Del resto de balkuânî no recuerdo a casi nadie. Pasan por mi mente imágenes de algunos de ellos, pero no consigo ubicarlos en mi memoria. Había un rostro cansado, un hombre de cabello rubio, otro remaba con la boca abierta. ¿Quiénes eran? Con su desaparición de mis recuerdos les llega la más total de las muertes. La que nos espera a todos más tarde o más temprano. El olvido.

Al que no podría dejar de recordar es al chivato. Un hombre pequeño y extremadamente delgado, incluso para un remero, salvo por sus musculosos brazos. El poco pelo que le crecía era ya canoso cuando le conocí. Sus ojos estaban eternamente entornados, como si el aire del mar le hubiere secado las retinas. Por el nombre que le dábamos supongo

que es fácil de imaginar la insidiosa labor con la que obtenía ciertos privilegios y evitaba casi todo castigo por parte de los azruânî. Tenía poco de lo que hablar a los marineros puesto que extenuados como solíamos estar no ofrecíamos la menor resistencia, y tanto Bâr como Forgon eran decididamente contrarios a causar disturbios que no cambiarían en nada nuestra situación, salvo a peor. Pero en el pasado consiguió que se actuara duramente contra algunos remeros, y todos le guardaban rencor. Desde que me fijé en él tuve la sensación de que era un ser inmerso en el mar del miedo: miedo a los marineros, miedo a perder su posición, miedo a los demás balkuânî, miedo a morir. En siete años tuvo tiempo de ganarse también mi odio.

Con estos compañeros, y otros que pasaron por el castigo de la galera, afronté muchos viajes dolorosos. El Khôruzâin participó en algunos combates navales, usualmente pequeñas escaramuzas en las que no intervenían más de dos o tres barcos por bando. También afrontamos el mal tiempo y la mar gruesa, pues el entonces comandante de la nave se vanagloriaba de su temeridad. E incluso las peligrosas tormentas tropicales y, en cierta ocasión, la cólera desatada del mar, un tifón, del que mantengo un vivo recuerdo. Atracamos en puertos alejadísimos de nuestra tierra, de nombres exóticos, pequeñas villas que no aparecen en los mapas. Y con especial horror vuelve a mi memoria la ocasión en que, huyendo de una refriega con un reino del sur, tuvimos que remar en un mar calmo con todo nuestro vigor durante un lapso de tiempo, más de una hora, que todos en el Vagabundo sabíamos que no podríamos soportar. Cuando llegó el descanso la mayoría estábamos exhaustos. Al menos unos treinta balkuânî habían perecido víctimas del agotamiento. "No son tantos como había temido", dijo con alivio el comandante del Khôruzâin.

III

Al fin un día regresamos al puerto de Umbar y encontramos en él toda suerte de naves y barcos anclados a la espera de partir. Los había de gran calado, aún mayores que el Khôruzâin, como la nave capitana de la ciudad portuaria y, junto a ellos e igualmente preparados para una larga travesía, otros navíos más pequeños y maniobrables, en cuya cubierta se arremolinaban laboriosos azruânî. Por los muelles desfilaban compañías de guerreros recibiendo órdenes o cargando pertrechos para el combate. Era evidente que la flota de Umbar se preparaba para una gran batalla. Pasó más o menos una semana en la que se nos permitió descansar y se nos alimentó como pocas veces, lo que nos llevó a pensar que aquel momentáneo respiro se nos cobraría luego en sudor y esfuerzo, como así fue. Entretanto la actividad en los muelles aumentó. Los últimos días antes de la partida se hizo lugar en el Vagabundo para una nutrida compañía de veteranos guerreros que provocaron serios altercados, tanto con los marineros como con los remeros. Eran hombres torvos, malvados, criminales vestidos de uniforme carentes de la disciplina y el concepto del honor y orgullo que he visto luego en otros ejércitos. Nerviosos ante la perspectiva de la batalla nos trataban como a animales, especialmente a los gondorianos que, de no intervenir el comandante, hubieran sido arrojados por la borda o muertos en su mismo banco.

Por fin se celebró una larga ceremonia en el mismo centro del puerto a la que no faltaron los nobles gobernantes de la ciudad y que incluyó advocaciones hechas a dioses y entidades del mar desconocidos para mí. También al Poder de Mordor del que había allí un embajador encapuchado que inspiraba temor a cuantos tenía cerca. Cuando finalizó la ceremonia partimos a la guerra.

Nos dirigimos hacia el norte con vientos favorables al principio. Recuerdo que la armada era impresionante e infundía terror en las poblaciones costeras que bordeamos, aun cuando se tratara de amigos de Umbar. Alrededor de cincuenta grandes galeones y pequeños bajeles, todos ellos con las velas negras hinchadas por el viento, surcaban el mar sin oposición y con la ayuda del buen tiempo. Aquél era nuestro terreno, donde las diferencias entre azruânî y balkuânî se reducían y los guerreros pasaban a depender de nosotros, lo que hizo disminuir sus desmanes.

El tiempo cambió. Primero unas extrañas nubes procedentes del nordeste cubrieron el cielo, como si una voluntad magnífica y poderosa quisiera escondernos y facilitar un ataque por sorpresa. Luego el viento del sur prácticamente desapareció obligándonos a remar durante largos tramos en un mar liso y sin olas, antinatural. El viaje continuó y había urgencia en las órdenes de los comandantes de los barcos. A los remeros nos llevaron hasta los límites de nuestras fuerzas, haciéndonos descansar apenas lo justo para reiniciar el trabajo, una y otra vez. Aquellas jornadas fueron especialmente duras. Cansado y dormido agarrando el asa del remo para hacerlo girar una vez más, y otra, y otra. Apenas tenía fuerzas durante los descansos para intercambiar algunas palabras con mis compañeros de banco.

Dejamos atrás el mar abierto y enfilamos un caudaloso río. ¿Quién hubiera imaginado que en el futuro estaría junto a tu orilla sin más obligación que la que yo mismo me impongo, en aquellos tiempos en que mi único horizonte lo marcaba la madera? El Anduin, el Río Grande. Los barcos se acercaron unos a otros, preparando un desembarco que no tardó en producirse. Para muchos era el tenso momento de enfrentarse a los enemigos y la muerte. Para nosotros los balkuânî era el descanso después de aquella carrera despiadada contra la corriente.

Acabábamos de alcanzar la impresionante Pelargir, hermana lejana y enemiga de Umbar. Los toques de trompeta y los gritos de órdenes de combate se confundían con la algarada general de la batalla recién comenzada y las llamadas a las armas de los ciudadanos. Las campanas de la población ribereña tañían sin cesar mientras una fina llovizna de flechas recibió a los guerreros del mar antes de que pisaran el suelo. De lo que sucedió a continuación nada supe, salvo lo que deduje, hasta que me fue contado esa misma noche. Al parecer los habitantes de Pelargir se batían con fiereza. Consiguieron incendiar algunas naves y acabar con numerosos invasores. Pero la victoria se les escapaba de las manos ante la inmensa cantidad de combatientes que habíamos transportado hasta allí. La misma oscuridad que había permitido nuestra llegada sigilosa, cogiendo de improviso a los gondorianos de aquella ciudad, ahora causaba un evidente desánimo a los defensores, que sólo atisbaban la luz de las casas y de algunos barcos ardiendo junto al muelle. Cuando todo parecía perdido para ellos y muchos volvían grupas hacia el noroeste comenzaron a acontecer sucesos extraños e imprevistos. Primero fueron los cientos de hombres de Umbar que, aullando de terror, intentaron regresar

a los barcos. Procedían del contingente separado del grueso del ejército que había sido enviado a cortar la retirada a los habitantes de Pelargir. Regresaban abandonando sus puestos, en desbandada, como si les persiguieran enemigos terribles y muy numerosos. Algunos barcos partieron de inmediato, abandonando el combate y contagiando un temor irracional entre los combatientes de ambos bandos. A continuación llegaron refuerzos inesperados a los defensores: eran los dúnedain guiados por el futuro Rey Elessar. Los guerreros de Umbar dudaron unos breves momentos, justo lo que tardaron en comprobar que no eran más de cuarenta los nuevos adversarios de gris que venían con aquel norteño. Se mofaron de los defensores y de los cobardes de entre los suyos que habían huido en los barcos y avanzaron.

Entonces fueron convocados los muertos.

El sonido del fragor del combate se acalló. Noté que se hacía un profundo silencio. Poco a poco se llenó ese silencio de voces, de susurros lejanos, como si la batalla se hubiera trasladado muy lejos de los barcos. Luego vino el extraño frío, la duda, el miedo que crecía cada vez más, y más, y más, hasta volverse insoportable y ya no podías pensar en otra cosa que en huir, pero no podíamos huir. Todavía algunas noches me despierto temblando con la viva imagen de aquellos espectros de guerreros subiendo a nuestro barco. Los invasores se batieron en desordenada retirada hacia los muelles cuando el ejército fantasmal convocado por Elessar apareció a la vista. La locura se apoderó de todos. Abandonaban sus armas en la carrera y subían a las escalas con el horror escrito en sus ojos. Muchos, viéndose alcanzados por los muertos, se tiraron al agua y perecieron ahogados por el peso de sus armaduras. Otros eran perseguidos por los defensores, arrinconados y abatidos. Al Khôruzâin lograron subir un grupo de aterrorizados combatientes. Miraban con desesperación a través de la borda y nos exigían que comenzáramos a remar. Pero el miedo también se apoderó de nosotros. Algunos balkuânî gritaban y rogaban que les desataran. A mi lado Arazîn estaba petrificado, observando el lugar por el que ascendió el primer espectro. Kabel se encogía pegado al casco. Yo mismo actuaba presa del pánico, pedía ayuda a gritos y sollozaba desesperado intentando desasirme del remo. Los guerreros entretanto saltaban al río o caían al suelo muertos de puro pavor, y lo mismo los marineros. Cuando ningún hombre vivo quedó en la cubierta que no estuviera encadenado a un remo los fantasmas se marcharon en busca de otros enemigos.

Pronto se dejaron de oír los susurros de ultratumba y fueron sustituidos por gritos de júbilo y alegría. Los gondorianos y sus aliados del más allá habían conseguido una rotunda victoria y ante nosotros se abrían ahora las sendas de la esperanza y la duda.

No pasó mucho tiempo antes de que subiera a cubierta uno de aquellos hombres del norte, acompañado por otro que portaba herramientas de herrero y parecía más bien lugareño. El dúnedain se acercó a la primera línea de bancos y comenzó a hablar.

—Sean cuales sean los motivos que en el pasado os llevaron a esta situación de esclavitud, quedáis liberados. Dejad a un lado el miedo a lo que habéis visto y oído durante la batalla. Los espectros que nos han acompañado desde lejos y han combatido a nuestro lado en esta batalla han sido desconvocados. Una vez os quitemos esas cadenas podéis bajar a tierra y descansar de vuestros trabajos. Tanto los gondorianos que veo hay entre vosotros como el resto puede elegir quedarse en este reino, acompañarnos al norte, o regresar al sur si es su deseo.

Se paseó lentamente por el entarimado que delimitaba los bancos de babor y estribor. Parecía evaluarlos con la mirada. Finalmente llegó a alguna conclusión, regresó a la zona de proa y siguió hablando.

— Quiero pedirlos un favor a todos. Un favor que no debe considerarse pago de nada, pues nada nos debéis. La libertad que ahora reencontraréis no es un bien que pueda darse, tan solo puede arrebatarse. Imaginaréis que estamos en guerra por lo que ha sucedido en este lugar, pero tal vez no seáis conscientes de la importancia de la misma. Todo el poder que habita en Mordor y todos los que se consideran sus aliados se han conjurado en esta hora para acabar con la resistencia que siempre les hemos opuesto en el noroeste. En la ciudad de Minas Tirith, baluarte de esta resistencia, tiene lugar un asedio por tropas incontables. Si esa ciudad cae, más pronto que tarde, volveréis de nuevo a la esclavitud. Y con vosotros, atados a las mismas cadenas, estarán todos los hombres de todas las regiones del mundo. De norte a sur. No habrá trato de favor para ningún reino una vez dejen de serles útiles al Señor de Barad-dûr.

El favor que os pido, que os pedimos, es que mañana os unáis a nosotros y nos conduzcaís hasta Minas Tirith. Nuestro número no es suficiente para sustituirlos y carecemos de experiencia manejando el remo. Si no nos prestáis vuestra ayuda, si no os tenemos mañana en los puestos que habéis ocupado quién sabe cuántos meses o años, no llegaremos a tiempo.

Antes de marcharme quiero también deciros una cosa importante, sobre todo a los gondorianos. No voy a negaros que en el Pelennor, los campos que rodean la ciudad de Minas Tirith, no solo habrá orcos. Hombre con hombre con los orcos están los haradrim y tal vez gente del mismo Umbar. Es posible que el favor que ahora se os pide entre en contradicción con vuestros sentimientos. Tal vez alguno penséis que si remáis mañana estaréis ayudando a los que siempre os han dicho que eran vuestros enemigos. Podrías llegar a pensar que vamos a pelear y dar muerte a vuestros hermanos.

En ese momento se acercó al herrero, tomó de sus manos un martillo de metal y un clavo grueso y largo, de hierro, con leve forma de palanca. Se giró hacia el remero más cercano, tomó uno de los extremos de la cadena que le unía al remo y la mostró a todos.

—¿Veis esto? Esto jamás lo haría un hermano. —Apuntaló el clavo contra una sujeción de la cadena, levantó el martillo y se nos quedó mirando intensamente—. El verdadero hermano haría esto. —Y en ese momento descargó el martillo contundentemente y rompió la atadura del remero. Se acercó de nuevo al herrero, le devolvió sus herramientas y antes de marchar nos habló una última vez: —No lo olvidéis.

Al volver a recordar la charla y el gesto del dúnedain no he podido evitar sonreír. En aquel momento, con tantos pensamientos cruzando mi mente, no me di cuenta pero es evidente que antes de subir al Vagabundo y al resto de barcos debieron planear con cuidado qué se iba a decir a los remeros, y alguno inventó lo del martillo. Cuando el herrero comenzó a trabajar en las cadenas, dejó a un lado el resto de herramientas y hábilmente, con unas llaves y unas ganzúas, nos fue liberando.

De aquella jornada de alegría conservo vivos en la memoria prácticamente todos los sucesos que le acompañaron. Uno especial fue el momento en que pisé las playas de Pelargir.

Era noche profunda exceptuando una luna llena que se ocultaba a ratos con la extraña neblina que nos había acompañado desde hacía algunos días. Caminé a través del fondeadero. A poca distancia de su final se abría una gran cala y me quedé contemplando en silencio. Se encontraba el lugar lleno de hombres de todas las naciones charlando animados en torno al fuego de múltiples hogueras. Eran los remeros de la escuadra de Umbar. Andrajosos, temerosos, cansados pero felices.

Allí me reuní con los hombres a los que era más afín, los balkuânî del Vagabundo. Arazîn me recibió muy sonriente.

—Lo siento muchacho si no te esperé, pero temía que al llegar ya no quedara nada bueno que llevarse a la boca. ¿Sabes?, llevo años soñando con volver a probar un buen vino, y alguien me ofreció esto nada menos. —Me mostró una botella cuyo contenido con aquella escasa luz no pude reconocer. —Vino de Dorwinion, Mik. Seguro que nunca has probado nada tan bueno. Anda, acércate. Brindemos a la salud de los habitantes de esta insigne ciudad donde se regala el mejor vino a un pobre remero desconocido.

Durante la noche la ciudad de Pelargir bulló de actividad, aunque en mi caso el cansancio y la larga charla vencieron a las muchas emociones del día y caí dormido. Se reunieron infantes, arqueros y algunos caballeros procedentes de Lamedon y Lebennin. Todos los habitantes del lugar y los guerreros recién llegados trabajaron reparando y pertrechando las naves capturadas, apagando incendios e, incluso, ofreciéndonos a los remeros y a los heridos alimentos y cuidados. Aquella gente era generosa y nos hablaba y escuchaba de un modo al que no estábamos habituados después de haber sido tratados como criminales y esclavos, lo que no pudo dejar de sorprendernos y emocionarnos.

Me despertaron cuando apenas acababa de amanecer, si es que aquello era un amanecer. Cuando los remeros cercanos se despezaron, Bâr y Forgon, si así se llamaba, nos dijeron que ellos iban a remar para los dúnedain y sus aliados y que esperaban de nosotros lo mismo. Lo cierto es que nadie objetó lo más mínimo. Nos sentíamos en deuda. Otras tripulaciones no fueron tan unánimes pero el Khôruzâin se preparó para la partida con todos los balkuânî en sus puestos. Incluso el chivato, muy silencioso desde la liberación. Sin decir nada se colocó en su banco de costumbre y resistió todas las miradas de incredulidad y odio que encontró entre sus compañeros cercanos. No sé por qué, pero pensé que algo había cambiado en ese hombre.

A nuestro barco subieron guerreros de todo el sur de Gondor, la mayoría caballeros de Lebennin bajo el mando de Angborn, y también dos elfos. Jamás había visto nada igual. Eran de una belleza abrumadora, inhumana, imposible para un hombre común. El gris perla de sus vestiduras realzaba su porte. El contraste con el resto de tripulantes, y no digamos con nosotros, era tremendo. Tuvieron que aceptar que todas las miradas se clavaran en ellos durante el transcurso de la travesía. Una travesía que no comenzó bien pues seguía sin hacer viento y el Anduin se mostraba más terco según lo remontábamos. Avanzábamos de manera, lo vi en los ojos de los guerreros, exasperantemente lenta. Pero las velas se mostraban inútiles y nosotros acumulábamos mucho cansancio para entonces.

Hicimos una breve parada a media tarde. Mientras comíamos y descansábamos un poco uno de los elfos llamado Elladan comenzó a cantar para nosotros, para los balkuânî. Su voz, hermosa y varonil, hablaba en un idioma que no conocíamos, pero al poco de escuchar nos llegaron a la mente sueños. Sueños de hazañas llevadas a cabo por hombres antes que nosotros viéramos el mundo. Sueños de valentía y recompensa. Y soñábamos despiertos, observando atentamente a aquel elfo, como los niños boquiabiertos y sonrientes escuchan a un cuenta-cuentos o a un bardo. Al terminar la canción y reanudar la marcha al norte descubrimos que parte del cansancio, e incluso del miedo que nos atenazaba, habían desaparecido. "Magia élfica", dijeron muchos, y no había odio o repugnancia en esas palabras, como era habitual.

La noche llegó y seguimos nuestra dura labor mientras la oscuridad crecía aún más alrededor. Nos turnamos en los remos y recibimos la ayuda de algunos combatientes puesto que el ritmo era insostenible durante tanto tiempo. En un momento dado muchos de los hombres señalaron al norte y alguno gritó: "¡Mirad, mirad! Ha comenzado la guerra. Minas Tirith está en llamas". Los capitanes preocupados se miraban entre sí. No había nada que hacer salvo seguir remando y confiar en que no fuera demasiado tarde.

De repente comenzó a correr una ligera brisa, procedente del sur. Esta brisa dio paso a un viento cada vez más fuerte, que desplazaba la nube sombría procedente de Mordor. Entonces se desplegaron las velas y estas se hincharon y tensaron. Acababa nuestro trabajo tras una jornada agotadora y un atisbo de esperanza se abría paso en el corazón de las tropas que transportábamos. Nos acercamos con rapidez a los muelles del Harlond. Desde nuestra posición ya se vislumbraban los efectos de un terrible combate en las cercanías. El humo que se disipaba no conseguía cubrir el campo de batalla en el que podían distinguirse cientos de criaturas muertas. No lejos de los muelles se encontraba la inmensa e imponente mole de un mûmakil de cuyo cuerpo manaba abundante sangre y del que sobresalían numerosas flechas. A su alrededor yacía un fúnebre cortejo de orcos y haradrim aplastados por su propia bestia. En la lejanía la ciudad de Minas Tirith contenía el embate del ejército oscuro, no sabíamos por cuánto tiempo más.

Comenzaba el amanecer cuando llegamos al muelle y desembarcaron con rapidez los primeros guerreros. Bajaban de un buque repleto de caballería comandado por el propio Aragorn. Justo en aquel momento se desplegó al viento de la mañana el estandarte del árbol blanco, las siete estrellas y la corona, y el campo de batalla retumbó con los gritos de los orcos y los vítores de los defensores. Uno tras otro los barcos atracaban, bajaban la rampa y nuevos contingentes de hombres se unían al combate en ayuda del heredero de Isildur, el Señor de los muertos, el futuro Rey de Gondor.

III

Llegó entonces un momento extraño para nosotros, los balkuânî, apoyados en la borda demasiado tensos todavía para descansar. El ejército que se desplegaba en el Pelennor era

inmenso. Los refuerzos no llegaban demasiado pronto pues un grupo de jinetes de Rohan, aliados tradicionales de Gondor, había quedado separado del resto y no hubiera podido soportar la oleada de enemigos que se le venía encima. Los orcos estaban asistidos por numerosos haradrim de rojo, variags, hombres del este e incluso trolls. Restos de banderas y tiendas de color negro y rojo se removían inquietos por la fuerza del viento mientras a su alrededor caían los soldados de ambos bandos. Hasta donde alcanzaba la vista y rodeando la inmensa llanura se apreciaban los restos de un muro de defensa, el Rammas Echor, desmoronado en muchos puntos.

A nuestras espaldas alguien pidió atención. Nos giramos y vimos que era Bâr. Se había enfundado una chaqueta de cuero endurecido marrón y negra y una espada envainada pendía de su costado.

—Amigos, quiero proponeros que vengáis conmigo al combate. Ahí afuera se está escribiendo el futuro. Nuestro futuro. De lo que acontezca en ese campo de batalla nosotros seremos víctimas o beneficiarios. Se nos ofrece una doble oportunidad: vengar el daño que se nos ha hecho y decidir con nuestras acciones el porvenir. En esas condiciones yo no puedo quedarme aquí, mirando, viendo como caen los que tan solo hace un día nos han liberado.

Parecía que iba a continuar, pero vio algunos rostros dudosos y calló por breves instantes. Uno de ellos habló.

— Confiamos en ti y, al menos yo, te seguiría a donde ordenes, pero este plan me parece que habremos de pagarlo caro. Estamos muy cansados, Bâr, y hay muchos que nunca han esgrimido una espada o una lanza.

—Dime entonces, ¿qué diremos a los orcos cuando acabada la batalla en la que ellos venzan se acerquen a los barcos? ¿Acaso creéis que les aplacará nuestra excusa? ¿Que nos perdonarán la vida y nos dejarán marchar porque somos remeros cansados que no sabemos combatir? No, desde luego que no. Si un bandido ataca a tu familia, ¿le dejarás hacer sólo porque no te enseñaron a combatir o porque te sientas con pocas fuerzas?

Tal como yo lo veo cuando acabe el combate pueden suceder dos cosas. Podría vencer el ejército de Mordor en cuyo caso no tardarán en volver a esclavizarnos o directamente darnos la muerte. O podría vencer el ejército de Gondor, para el que no seríamos nunca nada más que unos esclavos sureños a los que mirar por encima del hombro, incapaces de defenderse por sí mismos. En ambos casos prefiero luchar. Si se ha de morir que sea con honor y en el campo de batalla. Si se ha de vencer quiero contarme entre los vencedores y ser su igual. Escuchadme todos, incluso los gondorianos. Ayer se nos dijo que la libertad se puede arrebatar pero no regalar. Yo ahora digo más: la libertad perdida se ha de conquistar. ¡Conquistar! Con honor, esfuerzo y, si es necesario, con la sangre y la vida. Obtenida de otro modo la libertad carece de valor. ¿Vendréis conmigo?

Para sorpresa de todos se adelantó una figura menuda que se colocó junto a Bâr y exclamó un sonoro: "Yo te seguiré". Era el chivato. Dejó pasar unos segundos de desafío en los que nadie se atrevió a recriminarle nada y alzó de nuevo la voz.

—Ya lo sé. Para todos vosotros soy el chivato. Sí, he cometido errores y tengo muchos defectos. Justo como todos vosotros. Aquí no hay nadie inocente. Todos nos equivocamos alguna vez y eso supuso que nos dejaran a un lado del camino de la vida. —Nos miró a todos con aquellos ojos entornados y el ceño fruncido que le caracterizaban, y sonreía mientras lo hacía —. Hubo Crímenes y malas acciones, o simplemente el destino decidió castigarnos sin razón, sólo por haber nacido. Algunos acrecentamos nuestros errores en esa situación, como yo. Pero ahora surge una nueva oportunidad para todos. Una oportunidad de medirnos como hombres y decidir si somos capaces de cambiar y volver a empezar dejando atrás nuestras cargas del pasado, o no. Yo estoy dispuesto a arriesgarme para poder algún día levantar la cabeza sin vergüenza ni miedo, para poner los primeros pesos en la balanza que pesa cuanto valgo.

Intervino entonces Forgon.

—Bello discurso al que no me atrevo a esperar le acompañen buenas acciones. No me fío de ti, chivato. Pero no tengo ninguna duda respecto a la decisión que tomar, la que tomaría todo el que lleve Gondor sinceramente en el corazón: combatir.

A continuación todos manifestaron su deseo de luchar aunque me es imposible acordarme de todas las palabras que se dijeron. Se repartieron las armas y protecciones del almacén que en grandes cantidades habían sido subidas al barco en la víspera y de las que habían sobrado bastantes. Cuando todos estuvieron listos bajamos del Khôruzâin. En los muelles había quedado una pequeña guardia para impedir, si era, posible, la destrucción de las naves y la muerte de los balkuânî. Nos observaron sorprendidos y sonrieron con agradecimiento comprendiendo nuestra intención. El último centinela nos despidió con un emocionado "¡Salve valientes!". Los valientes éramos unos trescientos hombres harapientos de andar vacilante, barba enmarañada y pelo largo.

Poco más adelante nos detuvimos a una orden de Bâr, que se apartó unos metros acompañado por Forgon y algunos otros y empezaron a planear nuestra estrategia. La batalla transcurría a cierta distancia al norte de nuestra posición, lugar al que se había desplazado tras la carga del Rey Elessar y los hombres del sur de Gondor.

Ahora que recuerdo teníamos estandarte. Arazîn cortó un trozo de vela mientras estábamos en el barco y se las ideó para ajustar unos palos de madera y hacer un poste del que ondeara. Más tarde, cuando hicimos el alto ordenado por Bâr, localizó el cuerpo caído de un orco y nos llamó a Kabel y a mí. Entre los tres le efectuamos varios cortes y hundimos nuestras manos en ellos para, con aquella sangre, pintar sobre el paño nuestra enseña: dos remos cruzados.

Mientras me limpiaba las manos seguía la discusión de los "capitanes". Por lo que oí y lo que deduje existían dos posibilidades y no acababan de llegar a un acuerdo sobre cuál seguir. Una, que defendía Forgon, era la de intentar contactar con las fuerzas defensoras y unirnos a ellas. Para ello habría que adentrarse en el corazón del combate o marchar un largo tiempo hasta llegar a las puertas de la ciudad sitiada. Otra, defendida por Bâr, era la de hostigar los flancos o la retaguardia del ejército invasor atrayéndoles a trampas calculadas y distrayéndolos del combate principal. Me acerqué a ellos y escuché las razones de Bâr.

— Jamás llegaríamos a Minas Tirith andando. La distancia que dices es demasiada y aunque los nuestros tuvieran fuerzas para ello corremos el riesgo de ser detectados y aplastados en cualquier momento. Incluso por los defensores si no nos reconocen. En cuanto a unirnos al combate principal, tú mismo sabes que seríamos aniquilados completamente. Espera, escucha. Estoy dispuesto a luchar y a morir como ya he dicho, pero si hemos de sacrificarnos que sea por algo útil. Con mi plan alejaremos enemigos del centro de la batalla, daremos un pequeño respiro a los gondorianos y acabaremos con algunos orcos en el peor caso. En el mejor sobreviviremos y les causaremos cientos de bajas.

— Está bien. Preferiría contactar con los hombres de Minas Tirith, pero yo sólo soy un guerrero, o lo era, y no un estratega. Si estás seguro te seguiré.

— Estoy seguro.

Continuamos el avance hacia el norte hasta llegar a los restos de una granja y un almiar. Allí volvimos a pararnos a una orden de Bâr que quería hablarnos:

— Escuchadme atentamente. De ahora en adelante para sobrevivir es imprescindible que sigáis al pie de la letra y sin dudar un instante las órdenes que se os den. Los gondorianos que se coloquen en aquel punto, rápido. —Mientras los aludidos se separaban del resto Bâr señaló a unos cuantos hombres más y los mandó al mismo lugar —. Forgon será vuestro capitán. Prestadle máxima atención. El resto vendrá conmigo al combate. Vamos, seguidme en silencio.

Reanudamos la marcha. A menos de media legua nos topamos al fin con el enemigo: miles de orcos y hombres atentos a la caballería e infantería que tenían más al norte. No esperaban que llegaran refuerzos a sus espaldas y habían descuidado el lugar por el que nos acercábamos. Bâr hizo una señal de silencio primero y de avance después, y echó a correr. Todos le seguimos, enarbolando lanzas y espadas, tras el improvisado estandarte de los dos remos. Para cuando se dieron cuenta de nuestra arremetida cada uno de nosotros había dado muerte a uno o dos orcos desprevenidos. Golpeábamos usando la espada como una maza pues, aunque estábamos débiles, nuestros brazos eran fuertes y musculosos. Era la primera ocasión que quitaba la vida a alguien y no fue una sensación agradable. Pero seguí golpeando. Todo alrededor eran bramidos y gritos. Caía el tercer orco chillando a mis pies cuando Bâr ordenó "¡Retirada!" y todos a una dimos la vuelta y echamos a correr. Los orcos y sus aliados haradrim tardaron en reaccionar. Cuando quisieron enfrentarse a nosotros ya habíamos escapado y dudaron unos instantes si mantener la posición para relevar cuando fuera preciso a los que combatían en lo más hondo de la explanada o perseguirnos. Las bajas que habíamos causado eran numerosas mientras que nosotros no echábamos a nadie en falta.

Entonces tomaron una determinación y se lanzaron en pos nuestra. Bâr, extrañamente, nos hizo aflojar el paso, dejando que se acercaran peligrosamente los perseguidores. Cuando llegábamos a la altura de las ruinas y algunos de los más rápidos de nuestros enemigos se encontraban a pocos pasos de alcanzarnos Forgon y los suyos salieron de sus escondites y atacaron. Bâr, a su vez, ordenó que nos detuviéramos y nos uniéramos a los gondorianos. La trampa se cerró sobre un grupo de unos sesenta orcos y humanos que fueron acorralados y barridos.

Pero ahora se acercaban muchos más orcos a las ruinas. Oí a Bâr gritar:

— ¡Son demasiados, son demasiados! Aquí no podremos contenerlos. A la loma, rápido. ¡Seguidme!

Y todos los remeros nos alejamos en la dirección que nos había señalado Bâr. Allí, junto a una de las partes del Rammas Echor que aún se mantenía en pie, había una pequeña colina. Al llegar descubrimos con sorpresa que sacábamos mucha ventaja a nuestros nuevos perseguidores. Al parecer recelaron y tardaron en seguirnos pensando que podía tratarse de otra emboscada. Esto permitió a Bâr disponernos alrededor de la pequeña loma, aprovechando la ventajosa posición en alto. Una primera línea de balkuâni tenía como misión afianzarse en el suelo colocando sus escudos a modo de muralla. Una vez chocara el enemigo contra ellos sacarían por arriba o por los resquicios entre los escudos las lanzas para dar muerte. La segunda línea, pegada a la primera, elevaría su escudo un poco por encima y apoyaría a la primera golpeando con sus armas a los enemigos frenados y evitaría que nadie la superara de un salto. Una tercera línea compuesta por muchos menos hombres y en la que estaba yo mismo, serviría para reforzar aquellos lugares en los que se produjera alguna brecha. En lo más alto de la colina se clavó el estandarte.

Me sentía mareado por el hambre, el cansancio y la angustia.

Nuestros enemigos se acercaron pero todavía no eran suficientes para atacarnos, o así debieron de pensar al vernos preparados para defendernos. Esperaron. Enfrente y alrededor de la colina se arremolinaban y graznaban en su fea lengua más y más orcos. También nos maldecían los haradrim aunque de éstos había menos. La tensa espera se prolongó por un tiempo que me pareció muy largo. Cuando se vieron suficientes empezaron a caminar. Eran muchos más que nosotros y no pude evitar el miedo. Bâr gritó: "Preparaos".

El paso del ejército se hizo más rápido y su algarabía mayor. Alzaban sus espadas a modo de amenaza.

—Aguantad.

Poco a poco se acercaban, y ya eran reconocibles sus banderolas con el ojo rojo o la serpiente negra.

—Aguantad.

Empezaron a correr, más y más rápido, para lanzarse contra nosotros como la ola de un mar embravecido cae sobre el acantilado. Sujetamos con firmeza las armas.

—Aguantad.

Se acercaban inexorablemente, ya llegaban, ya llegaban. Podía ver su odio y su locura, sus rostros gesticulantes y deformados. Apenas diez metros. Cinco metros.

— ¡AGUANTAD!

Un trueno de metal se elevó sobre el resto de los sonidos cuando chocaron con nosotros. La muralla de escudos se mantuvo firme y la carga fue detenida. Los orcos que se

encontraban más cerca de la primera línea cayeron aplastados entre esta y los que llegaban por detrás. Muchos morían ensartados por las lanzas con la fuerza de su propia carrera. Aquello duró largos minutos. Bâr nos gritaba y daba ánimos, y se acercaba con los de la tercera línea para ayudar en diferentes lugares. Era muy diestro con la espada y cada uno de sus mandobles terminaba con un enemigo en el suelo. Al fin cedieron los atacantes y se replegaron con velocidad a cierta distancia. La defensa había sido un completo éxito y entre la primera y la segunda línea de defensa no se contaban más de diez heridos, casi todos ellos leves.

Nuestros enemigos volvieron a esperar. Habían pagado muy caro su primer ataque y ya no parecían tener prisa por volver a la colina erizada de lanzas, y acorazada de escudos. Entretanto llegaban nuevos contingentes de apoyo. A Bâr podía oírle cerca hablando con algunos de los "capitanes" y parecía desanimado.

—Son muchos. O calculé mal sus fuerzas o se han desentendido de la caballería y han decidido apretar las mandíbulas sobre una presa más fácil. No podremos soportar sus acometidas por mucho tiempo.

Aprecié que tenía una herida en el costado. También pude ver que ahora sostenía en su mano izquierda un cuerno tomado de uno de los enemigos caídos.

Pero los orcos no dejaron pasar demasiado tiempo antes de lanzarse en otra brutal acometida, más desesperada que la anterior si cabe. Y esta vez les acompañaba un pequeño grupo de seres corpulentos y feroces de piel completamente negra y llamativas lenguas rojas que recordaban a los trolls. La voz de nuestro capitán resonó de nuevo mandándonos resistir y, poco antes de contactar con las primeras filas de atacantes, hizo sonar el cuerno con fuerza. La llamada se elevó vigorosa y recorrió el campo de batalla. Pero los orcos no se amilanaron ni cedieron en su empeño. Era pasada la media tarde cuando defendimos la colina por segunda vez.

En esta ocasión no tardó en quebrarse el muro de escudos en un punto. Rápido nos dirigimos Bâr y el resto de la línea de reserva a taponar el agujero que habían provocado aquellos seres parecidos a un troll a la vez que a un humano. Sus poderosos mazazos rompían escudos y brazos y el terror dominaba a los primeros defensores que aún aguantaban. Pero caímos sobre ellos y nos guiaba un furioso Bâr que se enfrentó con el primero de aquellos seres y le cortó una mano antes de darle muerte. Guiados por su ejemplo abatimos al resto no sin dificultades. A mi lado Kabel cayó, tras un sonoro golpe en la cabeza que cubría con un pequeño casco, y no se volvió a levantar. No me atreví a mirarle. El resto de las líneas se mantenían a duras penas en sus posiciones. Para entonces los orcos perdieron el poco valor que tenían al echar en falta a los poderosos medio trolls, si eso eran, y volvieron a retirarse, esta vez sin orden ni concierto, en auténtica desbandada. Y volvía a recomponer la defensa Bâr cuando sucedió: todo el lado norte, compuesto principalmente por gondorianos al mando de Forgon, se lanzó en persecución de los aterrorizados orcos. La defensa estaba rota. Todo estaba perdido. Ya se giraban los enemigos haciendo frente a los temerarios de Forgon y el resto se disponía a arrasar la resistencia de la colina aprovechando el inmenso hueco abierto. Bâr tardó unos segundos en reaccionar. Tomó el estandarte, hizo sonar el cuerno por última

vez y retumbó su voz en aquella hora con una última llamada al combate: "¡POR GONDOR! ¡BALKUÂNÎ POR GONDOR!".

Lo que sucedió a continuación es indescriptible. Forgon y los suyos fueron rodeados y masacrados, pero eso lo descubrimos más tarde. Mientras nos acercamos a ellos fuimos literalmente aplastados contra los restos del Rammas Echor por una horda sedienta de sangre antes de llegar al alcance de los remeros del norte. Nos defendíamos como podíamos de aquella lluvia incesante de golpes y tajos pero no había esperanza. Bâr, objeto de muchos de los ataques, se vino abajo y con él nuestra bandera. Pero antes de que alguien pudiera despojarle formamos a su alrededor, casi hombro con hombro, un pequeño círculo. Un círculo que llevaba la muerte y yo era uno de sus portadores. A mi derecha, como durante los últimos siete años, Arazîn. A mi izquierda, con el odio reflejado en cada rasgo de su cara, el chivato. No sé cuánto tiempo aguantamos en aquel lugar ni a cuantos enemigos asesinamos antes de que se acercaran al cuerpo de Bâr, pero el suelo estaba cubierto de cadáveres y sólo la cólera y el miedo me infundían fuerzas.

Bâr no estaba muerto. No aún. Cuando me di cuenta me acerqué a asistirle si era posible mientras el círculo mantenía a raya a los orcos. Agarró con desesperación mi brazo y pronunció entre estertores de muerte una última palabra: "Resistid". Expiró.

Lo que vino a continuación tan solo es un recuerdo borroso. Mi mente estaba agotada, llevada al límite. Reaccioné cogiendo el estandarte. Lo elevé y exclamé:

—Nos robaron la libertad. Nos robaron la esperanza. Nos han robado a nuestro capitán. Ahora nosotros les robaremos las vidas —y me abalancé contra los enemigos. Los balkuânî, ya porque me confundieran con Bâr, ya porque reconocieran el emblema del paño, ya porque llevados por la desesperación como yo no vieran otra salida, atacaron conmigo. La locura y la muerte nos seguían.

Cadáveres y sangre. Carreras. Sonido de golpear el metal contra la carne o contra el hueso. Dolor. Chillidos. La cabeza me daba vueltas mientras golpeaba, y golpeaba. Y de repente todo terminó. Remeros y orcos tumbados llenaban el campo. Unos pocos orcos huían. Conmigo se mantenían en pie solamente una docena de figuras exangües. Llegó la caballería de Gondor desde el noroeste y se quedó sorprendida al encontrarnos y comprender lo que había sucedido. Yo estaba llorando.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Y todavía asoman tímidas lágrimas en mis ojos al recordar aquella parte de mi pasado. Se ha hecho tarde. La sombra del muro empieza a cubrir este lugar y la corriente del Anduin me produce frío. Después de todo creo que no ha sido mala idea retornar aquí por un rato. Está alejado de Minas Tirith, mi lugar de residencia desde aquella guerra. Pero ahora, tras pasearme por mis recuerdos, no sé cómo, ha desaparecido la angustia. Me queda la melancolía, como tras la batalla quedaron los túmulos. "Bien, es mejor que me vaya ya", y me levanté. Pero antes de echar a andar fijé la mirada en el túmulo junto al que había estado sentado. "Pensándolo bien me parece que deciros adiós no es apropiado. No. Mejor será deciros hasta pronto."

Oscureció. Con aquella luz era casi imposible leer la pequeña losa colocada en su día en la base del túmulo. "Aquí yacen los héroes caídos de la Primera Compañía de Balkuânî. Al fin ganaron su libertad."